¿Quién era realmente Picasso?

Fue un niño prodigio. Cuando ves lo que pintaba con 13 años no puedes creerlo. Su padre era profesor de Bellas Artes y lo promovió todo lo que pudo. Pero el muchacho tenía otras ideas: la pintura tradicional no era para él. Demás está decir que pasaba los exámenes de ingreso a la Academia sin ningún problema: lo que a otros les costaba casi un mes, él lo resolvía en un día.

Se mudó con su familia a Barcelona y se encontró con una ciudad culturalmente inquieta. Fue el benjamín del grupo de Els Quatre Cats, núcleo de la pintura modernista; allí estaba rodeado de artistas del calibre de Rusiñol, Casas o Utrillo.

Y después, París. Le costó mucho abrirse paso en el ambiente artístico de la ciudad. Pasó hambre, frío, miseria, pero la Pintura y los amigos del Bateau Lavoir pudieron más. Su talento se abría paso entre todas las dificultades.

De pronto, su amigo Casagemas, apenado profundamente por el desprecio de su amante, se suicida. Picasso no podrá superar esto: de alguna manera se sintió culpable por no haber sabido protegerlo. Sus cuadros se volverán azules, el color de la melancolía y de la tristeza.

Tres años después el azul desapareció para dar paso al rosa. Su pintura se llenó de arlequines, payasos, saltimbanquis. Eran la proyección de su propia vida.

Casi sin quererlo se le abrieron las puertas de los Stein, grandes coleccionistas. En su casa conoció a Matisse, que, aunque denostado por la crítica, era muy respetado en París. De allí surgió una relación de amistad y rivalidad que duró hasta la muerte de Matisse. Ambos se influyeron mutuamente. Matisse fue quien lo convenció del valor de la escultura africana.

De repente, en 1907 Picasso cambia su estilo. Pinta “Las señoritas de Aviñón”. No terminaba de comprender lo que había hecho y tampoco sus colegas. Lo guardó durante 4 años. Kahnweiler afirmaba que allí estaba el comienzo del cubismo.

Pero no, faltaba un poco más de maduración. Había muchos problemas que resolver en la Pintura. El gran Cézanne ya los había planteado. En el verano de 1908 Picasso y Braque, simultáneamente, y comunicándose por carta los logros de cada uno, echan a andar lo que hoy conocemos como “cubismo”: llevar la geometría a la Pintura.

El desarrollo se les irá de las manos, hasta tal punto que nadie podía entender qué había en esos cuadros tan extraños, monocromos, con figuras irreconocibles, llenos de cuadraditos y líneas que no llevan a ninguna parte. Falta volumen. Pues, si falta volumen, hay que incorporar relieves. ¿Y qué mejor que pegar cosas en la tela? No era nuevo: en las manualidades se hacían “collages” desde siempre. ¿Y por qué no?

El cubismo fue como un terremoto en el arte de la época. Afectó a todos, de alguna u otra manera. Llevó a plantear el volumen, la luz, el color, el espacio. Pero en sí mismo era un callejón sin salida y Picasso lo sabía. No se iba a quedar de brazos cruzados: siguió experimentando, tomando un poco de aquí y de allá.

Llegó la guerra. Llegó el “Guernica”, un manifiesto universal contra los horrores de la guerra. Se comprometió políticamente con el Partido Comunista.

Experimentó con la escultura, trabajó con cerámica, diseñó escenografías y vestuario para el ballet de Diaghilev. Su ímpetu creativo iba más allá de las relaciones humanas, más allá de sus mujeres y de sus propios hijos.

Sus últimos años dialogó con los grandes de la Historia del Arte. Investigó a Velázquez, Hals, Delacroix, El Greco. Nada lo puro parar, sólo la muerte: murió el 8 de abril de 1973 en su casa de Mougins.

Fue un artista indiscutible, más allá de sus sombras, que marcó el derrotero de la pintura del sg. XX en adelante. Sus obras están en los mejores museos del mundo, sin contar los 10 que están dedicados exclusivamente a él.

Cristina del Rosso

Agosto 2023

©2023 Cristina del Rosso